

gò à satisfacer los cargos, con tal eficacia de razones, y energia de palabras, que en brevísimo tiempo desvaneció las falacias de la delacion; no de otra suerte, que à la vigorosa actividad de los rayos del Sol, desaparece la niebla mas tenaz. Cedió tambien dandose por vencida à tanto golpe de luzes, la ceguedad de los Emulos: à quienes los Juezes pusieron perpetuo silencio en este punto; y con crecidos aplausos, y singulares demostraciones de benevolencia, declararon la razon, y la justicia à favor de Capistrano, y los suyos. Estos, reconocidos del beneficio de la Paternal Providencia de Dios N. S. se retiraron à sus Conventos à consagrarle en debido hazimientto de gracias todos los ricos despojos de su victoria.

Con el buen éxito, que tuvieron los Observantes en este caso, quedó más afiançada en el concepto de Martino V. la grande estimacion, que hazia de la Familia Observante; y reconociendo Capistrano en el Papa esta grande inclinacion à favorecerla; no quiso perder ocasion tan oportuna, para lograr los intentos de su zelo; que siempre fueron arrancar de raiz aquellos abusos, y corruptelas, que en la observancia de la Regla avia introducido la relaxacion. Conseguió, que para este efecto se convocasse Capitulo Generalissimo en Assis, donde concurrieron los RR. PP. Claustrales con los Observantes; presidiendo à todos de orden del Pontífice Juan Cervantes, de nacion Español, y Cardenal del Titulo de San Pedro Advincula. Asistió tambien San Juan de Capistrano; y el Cardenal Presidente, con la comprehensio, que tenia de sus relevantes prendas, le fió todos los medios, para desterrar con la suavidad posible los abusos, y entablar la deseada unio de ambas Familias. Con este intento compuso el Santo

vna breve, pero solida Exposicion; sobre los doze Capítulos de nuestra Regla; la qual Exposicion, despues de conferida con el Cardenal, se leyó en voz alta ante los Capitulares. Aprobaronla estos con univèrsal aplauso; y tuvo por entonces el feliz efecto de la unio, à que tanto anhelaban las zelosas ansias de Capistrano. Gozoso el Cardenal con el logro de vna empresa verdaderamente difícil, se aplicó todo à discurrir medios, para que en adelante con el discurso del tiempo no aflojasse la relaxacion el apretado nudo de la unio efectuada. A este fin eligió por Acompañado del Ministro General à San Juan de Capistrano; que admitió sin replica este cargo, venciendo las repugnancias de su humildad con el zelo, que le comia el coraçon, de la mas pura obsequancia de nuestras obligaciones.

CAPITULO XVII.

PREDICE S. JUAN DE CAPISTRANO la muerte de Martino V. y el Pontificado de Eugenio IV. vno, y otro con maravillosas circunstancias; y dà feliz expediente à graves negocios, que le fió la Silla Apostolica.

Entre las demostraciones, con que por estos tiempos testificó el Señor el aprecio, que hazia de su fiel, y humilde Siervo Capistrano, fué vna, descubrirle como Amigo, y Confidente los secretos de su pecho: de que son evidente prueba los casos siguientes. Enfermó gravemente el Papa Martino V. en ocasion, que se hallaba en Roma el Siervo de Dios. No se declaraba la enfermedad, à juicio de los Medicos, con tanta malignidad, que amenazasse tan ejecutivo el último peligro. En esta satisfaccion estaban todos, quando Capistrano, de orden del Pontífice, entró à visi-

à visitarle la tarde antes que muriesse. Consoló mucho al Supremo Pastor; y aviendole exortado à la conformidad con la voluntad Divina, se despidió, para bolverse à su Convento. Al salir por la puerta del Palacio Apostolico; vió vna rara, y singular exalacion, en la qual formadas con resplandentes caracteres se leian estas palabras: *Non videbit lucem surgentis Auroræ; No verà la luz de la Aurora, que amanece.* Entendió el Santo en esto con clarissima inteligencia, que el Pontífice acabaria el curso de esta vida mortal, antes que la Aurora del dia siguiente descubriera sus primeras luzes. Así lo predixo por la importancia del aviso en tales circunstancias; y así se vió cumplido por el efecto, con pasmo, y admiracion de Medicos, y Asistentes.

Por muerte de Martino V. entró à ocupar la Silla Pontificia Eugenio IV. à quien tambien Capistrano lo avia profetizado en esta forma. Antes que subiesse Eugenio à la Suprema Dignidad de la Tyara; hallandose Arçobispo de la Ciudad de Sena, recibió de visita vn dia entre otros al Siervo de Dios N. S. porque con la comprehensio, que tenia de su singular virtud, y rara sabiduria, gustaba mucho de su trato. Concluyose la visita, y Capistrano al despedirse, se arrojó à los pies del Venerable Prelado; de suerte, que por mas que fué modestia, y humildad lo rehufaron, al fin logró el Siervo de Dios la diligencia de besarle el pie. Estrañó el Arçobispo tan rara demostracion; y viendole Capistrano confuso, y como avergonçado, le satisfizo diziendo: Que no estrañasse aquel, al parecer, intempestivo obsequio; por que en verdad le veneraba como à Suprema Cabeza, que avia de ser de la Santa Iglesia; que no se bolveria mas à poner en su presencia, hasta

que tuviesse cumplido efecto esta profecia. Era el Arçobispo modesto, y humilde; y aunque tenia formado gran concepto de la singular virtud de Capistrano, todavia no se inclinó à dár assenso al vaticinio; porque hizo juicio; que el Santo en aquella ocasion avia hablado, mas impellido del vehemente afecto, con que deseaba sus honores, que guiado, y alumbrado de la luz profetica. Discreta fué siempre la verdadera humildad; pues sin descomponer en vn apice el concepto de la virtud agena, sabe no dárle assenso; quando habla en puntos, que tocan à su excelencia propia. No creyó de si la humildad de Eugenio IV. que vendria à entronizarse en la Suprema Dignidad; que se le predixo; mas bien presto se halló convenido con la evidencia del efecto; porque (como arriba dixé) entró à la posesion de la Tyara por muerte de su Antecesor Martino V.

Pocos dias despues que el Pontífice nuevamente electo se sentó en la Silla, entró Capistrano à besarle el pie; y haziendo reflexion el Papa sobre el suceso referido, recibió al Santo con singulares demostraciones de benevolencia. Dióle su bendiccion Apostolica, asegurandole mucho de la afectuosa propension, con que estaba inclinado à favorecerle. Así lo desempeñó, como se vió despues por la experiencia; porque le confirmó, y amplió la dignidad; y autoridad de Inquisidor General contra la heretica pravedad en todas las partes del mundo; condescendió benignamente à todas quantas peticiones le hizo, conducentes al mayor lustre, y conservacion de la Familia de la Observancia; y le fió varios, y graves empleos, en orden al reforme de las costumbres de toda la Republica Christiana. Todo lo iré refiriendo en los Capítulos siguientes, ajustandome lo

lo posible al orden de los años, en que se le concedieron los referidos empleos.

Por estos tiempos llegó à oídos del nuevo Pontífice la noticia de algunos graves desordenes, que padecía la regular disciplina del Monasterio de San Guillermo, sito fuera de los Muros de Ferrara, por la desavenencia, y poca vnion de las Monjas. Avia de juntarse muy en breve Concilio en aquella Ciudad: y quiso el Pontífice, que antes de congregarse, no se oyese ya el mas leve rumor de los passados disturbios. A este fin dió à Capistrano comission, y toda su autoridad cumplida para el remedio. Tuvo tan pronto, como el Pontífice deseaba; porque apenas llegó Capistrano, quando con eficaz, y suave persuasiva arregló las Monjas à la concordia, y obervancias regulares; y quedando todas vnidas en el estrecho vinculo de la Caridad, desterraron en breves dias la voz de los escandalos con el buen olor de sus ajustados procerdes.

Vivia tambien por este mismo tiempo aquel esclarecido, y primer Patriarca de Venecia San Laurencio Justiniano, con quien Capistrano profesó singular, y santa amistad. Con este Venerable Prelado (entonces Obispo de Castello) fué destinado nuestro Santo, por especial comission del mismo Papa Eugenio IV. para que examinassen la verdad de cierta delacion, que avia hecho sinieftramente la emulacion contra los Religiosos llamados *Jesuatos*; de quienes fué Fundador, y Padre el B. Juan Columbano Senense, en tiempo de Urbano V. y se extinguieron el año de 1669. Los dos Santos Comissarios hizieron exacta inquisicion del caso; y aviendo probado, y convencido con evidencia no fer todo mas, que vna injusta maquinacion de la embidia;

bolvieron por la fama de aquellos Religiosos Varones, y borrarón en el juicio del Papa la impresion primera, recomendando à los pacientes con grandes, y debidos elogios de sus virtudes. Tanta diligencia es menester, para que en las heridas injustas de la opinion, no quede la cicatriz.

CAPITULO XVIII.

COOPERA FELIZMENTE S. IVAN de Capistrano à la serenidad de la Iglesia, turbada con el Cisma del Anti-Papa Felix; y acaba gloriosamente otros importantes negocios.

EL buen expediente, que daba S. Juan de Capistrano à los importantes negocios, que le fiaba la Silla Apostolica, era poderoso motivo, para que la misma Silla le premiasse sus servicios, ocupandole en otros mayores, sin permitir estuviesen vn punto ociosos aquellos grandes talentos, con que la Divina liberalidad le avia enriquezido en beneficio, y veilidad comun de la Iglesia. Vióse esta muy zozobrada en el Pontificado de Eugenio IV. por la turbulenta borrasca, que levantó en Basilea el que empezó Concilio, y acabó Conciliabulo; porque negando la obediencia al verdadero Pontífice, la dieron à vn Anti-Papa, con nombre de Felix, introduciendo en el Lugar Santo vn Idolo de abominacion. Tomó mucha fuerza el partido de los Cismaticos, abrigados del poder de los dos grandes Poterados, y Principes de la Europa, Phelipe Duque de Borgoña, y Philippo Maria Duque de Milán.

En tan fatal peligro, y no sin muchas esperanças del remedio, dispuso Eugenio IV. que Capistrano se partiesse con el Carácter de Nuncio

Ex-

Extraordinario à vno, y otro Duque de Milán, y de Borgoña; para que vencidos de las eficacias de la razon, y de las conveniencias de la paz publica, cediesen de vn empeño, à que los avian arrastrado las violencias sa-gazes de la ambicion. Puso el Santo en execucion la Legacia con la puntualidad, à que le impelian las actividades de su zelo; y aviendo llegado à la presencia de aquellos Principes (para quienes le tenia muy recomendada la fama de sus ventajosas prendas) pudo tanto para con ellos, que les ganó los coraçones; y los que antes favorecian al Anti-Papa, ya le reprobaban como à piedra de escandalo, y sollicitaron por si mismos, que todos los de su partido reconociesen à Eugenio por verdadero Pontífice.

Algunos otros Fautores del Anti-Papa, à quienes las cegedades de la ambicion tenian menos dispuestos, para admitir las luzes del desengaño; y por esto miraban à Capistrano como à su mas poderoso enemigo: intentaron en esta ocasion quitarle la vida, atosigandole con vn veneno. Mas la Divina Providencia, que tiene empeñada su palabra en la proteccion, y defenia de los Ministros del Evangelio, hizo que el tologo sirviese solamente de probar con el milagro la verdad, y justificacion de la causa, que Capistrano defendia.

Por el mismo Pontífice fué enviado el Siervo de Dios à otros varios Reynos, y Provincias, con gravissimas Legacias, y Negociados, que acabó con summa felicidad. En Italia suprimió la nefanda secta de los Fratricelos, que por estos tiempos, como boca de infierno bolvió à respirar sus llamas. En Francia levantó à su debida estimacion la Inmunitad Eclesiastica, que en muchos de sus Fueros, y essempciones andaba por el suelo. En la tierra de Palestina re-

formó algunos Conventos, que avian decaecido en mucho de las Obervancias regulares; y puso freno à la desbocada codicia del Syndico Apostolico, que abusando impiamente de su autoridad, engrosaba sus talegos con las continuas, y exorbitantes cantidades de oro, y plata, que conducian los Principes Christianos para la manutencion, y debido culto de los Santos Lugares de Jerusalem. Con la ocasion de esta Legacia, visitó con mucha ternura de coraçon, y consolacion de espiritu, todos aquellos Venerables Santuarios; que regados con la Sangre del Redemptor, y Santificados con su adorable presencia, conservan la memoria de nuestra universal Redempcion; y persuaden con muda, pero eficaz eloquencia las leyes del agradecimiento à la piedad Catholica. Finalmente, en todas las Provincias de Italia sollicitó Capistrano, como Legado, y Nuncio Apostolico, se colligasen sus Principes con los del Norte, para oponerse à las barbaras invasiones del Turco, que con sobervio orgullo se iba entrando por las tierras de la Hungria, no sin mucha injuria, y oprobio del Christianismo.

CAPITULO XIX.

DE DOS NOTABLES CASOS, QUE sucedieron à San Juan de Capistrano por estos tiempos.

DOS casos notables sucedieron al Santo por este tiempo: vno, en que se ven primores de su mortificacion, y misericordia; otro, en que se descubre el conocimiento sobrenatural, que le avia Dios N. S. comunicado de los secretos del coraçon. De buelta de vna de las Legacias, que dexó referidas, caminaba el Santo con sus Compañeros à Roma. En el

ca-

camino, en las llanuras de vn campo, se encontró el cadaver de vn hombre facinoroso, à quien por sus enormes delitos, y para escarmiento de malhechores, determinò la Justicia, que el verdugo le quitasse la vida, dexandole colgado de la horca. Avian pasado algunos dias despues del suplicio: con que el cadaver, yà medio corrupto, llenaba de horror toda aquella campaña, así por su abominable figura, como por el intolerable hedor, que despedia, y que es tan natural en vn cuerpo difunto, empezado à corromper. Los Compañeros, que à larga distancia sintieron por el olfato estos horrorosos efectos, casi no tenían fuerças para proseguir el viaje; y le suspendieron del todo, dandose por vencidos, quando tropezaron con los ojos en tan miserable espectáculo. Capistrano entonces, venciendo el horror de la naturaleza con las valentias del espíritu, y arrebatado de vn extraordinario impulso de misericordia, corrió como vna ardiente exhalacion àzia el horrible cadaver. Estaba este levantado del suelo en tal distancia, que con alguna diligencia pudo el Santo sin mucha dificultad desprendarle del patibulo. Desató los lazos, de que pendia, y estrechandose con él, le tuvo por algun tiempo entre sus brazos, apretandole contra su pecho, como pudiera la Esposa el azezito de Myrra, fomentando entre tanto vehementes meditaciones, y sentimientos de Christo crucificado. Yà que hubo desahogado el impetu de aquel fervor, que le arrebatò a tan estupendo acto de quebranto propio, y commiseracion de la miseria agena, solicitò con el Magistrado de la Poblacion mas vezina, que al cadaver se diese decente sepultura. Para que tuviesse efecto este piadoso intento; y para dàr à entender quan del agrado de Dios avia sido la heroyca

accion de su Siervo, dispuso la Divina Providencia, que todo el hedor abominable despedido del cuerpo corrupto, se convirtiesse repentina, y milagrosamente en vna suavissima fragancia, con tantas señales de Paraiso, que al mismo tiempo, que recreaba el olfato, llenaba el espíritu de jubilo, y consolacion,

Este suceso, que acabo de escribir, no sirve tanto à la doctrina, como à la admiracion: mas el que aora referirè, aunque dà sobrado motivo à la admiracion, puede conducir mucho à la doctrina; porque estudiando en él escarmientos la verdadera humildad, sabrà prevenir, y cautelar peligros, bolviendo las espaldas à las humanas estimaciones, y cerrando los oidos à la voz lisonjera de los aplausos. A este fin le refiere con la energia, y elegancia, que es tan natural à su pluma, nuestro Ilustrissimo Cornejo en la quarta Parte de su Chronica. *Quien quisiere verle con toda extension, lea en el lugar citado à la margen; que yo intento ceñirle con la posible concision, tocando solo el punto, que mira à la excelencia de S. Juan de Capistrano. Paísò, pues, el caso en esta forma: Vn Fray Justino, Varon de verdadera virtud, y altissima contemplacion, negociò licencia de los Superiores, para passar desde Hungria à Italia, con el espíritu de visitar en Assis el Sepulchro de N. Serafico Patriarcha San Francisco, y en Roma el de los Santos Apóstoles San Pedro, y San Pablo. Con esta ocasion consiguió quedar de Familia en nuestro Convento de Ara-Coeli, donde continuaba los exercicios de su vida austera, y retirada, con edificacion de los demás Religiosos. Favoreciale el Señor con extraordinarias mercedes; y tan singularmente, que vn dia estando en el Refectorio; con la ocasion de la leccion, que se leia mientras*

*Cornej. 4:
part. lib. 4:
cap. 29.*

co-

comiala Comunidad, à vista de toda ella se quedó en éxtasis, negado al uso de los sentidos, como si fuera vna estana. Fueron tantos los impetus del espíritu, que su eficaz violencia arrebatò el cuerpo en el ayre; y subió tan alto, que tocaba con la cabeza en la bobeda. Hallabase presente San Juan de Capistrano, y aviendo el Santo observado con particular cuidado todas las circunstancias de rapto tan maravilloso, no viò en él cosa alguna; que no le calificasse de buen espíritu.

Si sucesos de esta talidad quedaran cerrados en los Claustros, acaso no lloráramos las ruinas de muchos Cedros del Libano: però como es materia casi del todo imposible esta cautela en semejantes ocasiones à Comunidades, donde son tan varios los distámenes, como los rostros: entendieron por la Ciudad el rapto referido de Fray Justino algunos Religiosos, con el motivo piadoso de alabar à su Hermano; para edificacion de los Seglares. Divulgòse tanto de vnos en otros la novedad, que llegó à los oidos de Eugenio IV. y deseoso el devoto Pontífice de conocer, y tratar à vn hombre tan favorecido de Dios, mandò le traxessen à su presencia. Recibióle con estraña benignidad, y quando Fray Justino se arrojò à besarle el pie, le detuvo en los brazos, y le diò oculo de paz. Mandòle sentar junto à sí, no sin admiracion, y con estrañeza de los Ministros de aquella Sagrada Cúria, que le asistían. Tuvo con él largas conferencias; y al tiempo de despedirle le diò la bendicion; y algunas Reliquias. Estos favores del Monarcha Supremo de la Iglesia, que debieran profundarle en el abysmo de su conocimiento propio, le llenaron del ayre pestilente de la vanidad; empezó à dezir allà en su coracon, como insipiente, y

deslumbrado: *Quien serà semejante à mí? Quedò en fin el miserable Fray Justino de la vista del Pontífice tan hinchado; y lleno de sobervia con los favores, que ya le parecia no ser dignos de su trato sus Hermanos los Religiosos. Mas la Misericordia Divina, que siempre ocurre con pronto remedio à las dolencias; y caidas de nuestra deleznable miseria, dispuso, que al bolverse este desdichado al Convento, le fallestè al encuentro S. Juan de Capistrano. Registrò este con la luz sobrenatural la dolencia interior de aquel miserable; y lastimado de su caída, intentò darle la mano, y aplicarle el remedio, diziendole: *Ay Fray Justino; Fray Justino! Que entraste en el Palacio del Pontífice Angel, y sales Demonio! Dios tenga misericordia de tí.* Estas palabras; que debieran despertar à Fray Justino del letargo de la sobervia, encendieron el fuego de la ira; y respondiendole al Santo con desmesurado desprecio, se quedó obstinado en su maldad. De vn precipicio en otro vino finalmente à dar en el abysmo de tales delitos; que en castigo de ellos acabò en vna carcel su tragica; y desdichada vida. El caso es formidabile, y muy digno de qué para la cautela, y el escarmiento, quede eternamente escrito en nuestra memoria;*



E CA:

Parte V.

CAPITULO XX.

DILATASE MARAVILLOSAMENTE la Familia de la Observancia à influxos de San Juan de Capistrano: Es dos vezes electo en Vicario General de toda ella, despues de Coadjutor de San Bernardino: T tocarse las singulares calidades de su gobierno.

*Vita religiosa
Influxus nul-
lus hoc viro
Sanctissimo
Ioanne perfec-
tius observa-
uit, neque Re-
gularis Obser-
vantia novel-
la germina se-
cundari irri-
guis disipha-
na. Vvading.
ad an. 1456.
p. 106.*

Entre los muchos, y grandes Varones, que con las eficacias del zelo, y luzes de sabiduria, contribuyeron al mayor esplendor, y aumento de la Familia Observante, ninguno fué en este punto superior à Capistrano: pues como llanamente confiesan todos los mas graves Historiadores de la Religión: aunque es verdad, que al fervoroso zelo de Fray Paulino de Trincis debió la Reforma su feliz nacimiento: y al riego, y sudores de San Bernardino de Sena incrementos maravillosos; pero con ningun otro cultivo descolló mas, ni dilatò mas estendidamente sus ramas, que con el de San Juan de Capistrano, como constará con evidencia de la materia de este Capitulo. No hubo Provincia en Italia, que à las zelosas actividades de este gran Varon no reconociese; ò su principio, fundandose de nuevo; ò su aumento, añadiendo Conventos à su numero; ò su perfeccion, reformandose en su regularidad, y estableciendose en sus esfermpciones, y privilegios. Quando el Santo abrazó este nuevo Instituto de la Observancia, apenas eran en las partes Ultramontanas docientos sus Professores, repartidos en treinta Conventos, que por lo estrecho, y humilde de su fabrica, mas propriamente los llamariamos Heremiticos: en los quales avia muy pocos Sacerdotes, y los restantes eran Religiosos simples. Siendq esto así,

creció tanto en tiempo, y à influxos de San Juan de Capistrano, que en Italia, Francia, Alemania, Bohemia, Polonia, y Hungria, se añadieron mas de docientos Conventos à su numero, habitandolos los hombres mas eminentes en sabiduria, y virtud, que tuvo por entonces la Religión.

Dando el mismo Santo cuenta de estos maravillosos progressos al Vicario General Fray Baptista de Levanto, le escribe estas formales palabras, traducidas fielmente de Latin à nuestro Vulgar. Alguna contradicción padezco de los Padres Conventuales, por aver yo recibido ocho Lugares para fundar, en todos los quales se han levantado Conventos à fundamentis, exceptuando de este numero solamente dos, que me señalaron los mismos Ministros; vno en Bohemia, y otro en Austria. De los que yo fundé, vno he dado al Vicario de la Provincia de Argentina, y dos al Vicario de la Provincia de Saxonia; Prosiguiendo el Siervo de Dios su relacion, concluye: Despues que sali de Italia he admitido à la Familia de la Regular Observancia mas de seiscientos Frayles, que por la Divina gracia obran su salvacion en temor de Dios, y fervor de espíritu, en el qual laudablemente perseveran: sin entrar en esta cuenta aquellos, que ya dexaron esta vida temporal, y passaron gloriosamente al Señor.

No solo debió la Familia de la Regular Observancia à las actividades de San Juan de Capistrano los muchos Conventos, con que maravillosamente la amplió: sino tambien la gloria, y buena fortuna de aver logrado por primer Vicario General fuyo à San Bernardino de Sena: segun la opinion, y el modo de discurrir de los que tienen à San Bernardino por pri-

primer Vicario General de la Observancia; pues otros con gravissimo fundamento afirman, que en rigor la primacia solo estuvo en San Juan de Capistrano. Yo por aora me abitraigo de la controversia, remitiendome à los Autores de la margen, donde los Lectores hallarán apoyos de vna, y otra sentença en gloria de ambos Santos. La eleccion, pues, de S. Bernardino en Vicario General, sucedió de esta manera: Viendo el Ministro General de toda la Orden Fray Guillermo de Casals el excelsivo numero de Religiosos, y Conventos, que se iban añadiendo à la nueva Reforma; y que aunque se aplicaba con afecto zelo à dar expediente à todas las proposiciones de su Acompañado Capistrano, en orden à su conservacion, y mayores aumentos, no alcançaban sus fuerzas à sus deseos; yà porque los arduos, y gravissimos negocios del gobierno de toda la Religión le tenian atado; yà porque las Legacias, en que le empleaba el Pontífice para la villidad de la Iglesia, le robaban el tiempo: consultó con San Juan de Capistrano, qué expediente se daria mas à proposito, para que ni él faltase à la obligacion de Prelado, ni careciesse la Familia Observante del gobierno conveniente?

Salió de la consulta, que el medio de ocurrir à todo, era criar vn nuevo Oficio, con nombre de Vicario General de la Observancia, à quien se delegasse autoridad plenaria, con absoluta independencia de los Ministros Provinciales de la Conventualidad. Y para que este nuevo Oficio tuviesse condigno estremo, y el total desempeño, que se pudiera desear, propuso para él à su Maestro San Bernardino de Sena: cuyas relevantes prendas de virtud, zelo, y sabiduria, tenia bien estendidas la fama por todas las Provincias de Italia. Asintió el General

con mucho gusto à tan justificada proposicion; y para que tuviesse la firmeza necessaria, tomó à su cargo S. Juan de Capistrano, fiado en lo mucho, que el Pontífice le favorecia, sacar de él la aprobacion en toda forma. Dióla el Papa no solo sin repugancia, sino con mucha complacencia; porque tenia alta comprehension de las prendas de San Bernardino, y se persuadia, que con su gobierno avia de tener, como los tuvo, muchos incrementos la Regular Observancia.

Renderido S. Bernardino à la fuerza de la determinacion del Pontífice, que con precepto formal de obediencia le mandó admitir el nuevo cargo, puso el ombro à su peso, sacrificado à la villidad publica. Avia como dos años, y medio, que manejaba el gobierno de la Familia, con aprobacion de toda ella, quando viendose ya en edad muy crecida, y quebrantada con las tareas continuas de su predicacion, visitas de Conventos, y muy penosos achaques; determinó dexar el Oficio, pareciendole ser todo este conjunto de causas mas que prudente motivo para que se oyese su proposicion, exhonerandole de la carga. Llegaron à raltrear esta determinacion los Religiosos, y temerosos de perder tan cabal Prelado, previnieron al General, y al Summo Pontífice, que no le admitiesen la renuncia; porque convenia proseguiesse en el gobierno, aunque fuesse à costa de tanto quebranto fuyo. Con esta prevencion de los Religiosos, se halló San Bernardino frustrado en sus intentos, quando llegó el caso de la renuncia. Verdad es, que el Papa convencido en parte de la justificacion, con que San Bernardino pedía se le aliviasse, meció la materia, y comolò al Santo, prometiendole vn Compañero Coadjutor, à eleccion, y toda satisfaccion fuya; fo-

*Chronolog.
Seraphic.
Cap. Gen.
36. fol. 99*

*Gubernatis
I part. Or-
bis Seraph.
lib. 3. cap.
19.*

bre cuyos ombros pudiesse descargar confiadamente la carga de su gobierno. Con este partido cedió San Bernardino por entonces del empeño; y viéndose de la facultad, que le dió el Papa, eligió por Coadjutor à su Santo Discípulo Capistrano. Mucho sintió la humildad de este, que su Maestro huviesse puesto los ojos en él, para semejante empleo: mas al fin huvo de condescender; así por contribuir en lo posible à la utilidad pública, como por no faltar al consuelo, y alivio de Bernardino. Por este medio vino à lograr la Familia seguridad, descanso, firmeza, y exaltacion sobre los ombros de estos dos Inclitos, y Gloriosísimos Atlantes.

Acompañado San Bernardino con su Santo Discípulo Capistrano, profigió en el gobierno general hasta el año de mil quatrocientos y quarenta y vno, en que previniéndose ya muy cercano à la muerte, y deseando prepararse para ella, desembarazado del ruidoso trafago de los negocios públicos: bolvió à pedir à Eugenio IV. con eficaces instancias tuviesse por bien de relevarle del peso de su Oficio. Dió oídos el Pontífice à su justa, y humilde suplica, y le absolvió del Vicariato General: asegurado, de que quedando Capistrano con la misma incumbencia, no se atrassaria en vn punto la Regular Observancia. Con este mismo dictamen, año de mil quatrocientos y quarenta y tres hizo el Papa, que el General Fray Antonio de Ruscones eligiesse por Vicario General en toda la Observancia Cismontana al Siervo de Dios San Juan de Capistrano: empleo, que manejó tan à satisfaccion de toda la Familia, que congregada en Capitulo año de mil quatrocientos y quarenta y nueve, le religió con todos los votos. Las particulares circunstancias de estas elecciones, reservo para quando

llegue à historiar los Capítulos Generales: y aora solo diré el caso, que precedió à la segunda elección del Santo el dia antes, que fuele electo. Celebraba el tremendo Sacrificio de la Missa; y pidiendo al Señor con fervorosas ansias, derramasse su santo espíritu sobre los corazones de los Electores, para que procediesse conformes à su santísima voluntad; oyó la voz del Angel, que le dixo: *Capistrano, prepara tu corazón para admitir resignadamente el peso, que mañana caerá sobre tus ombros.* Guardó el Santo este aviso en el archivo de su pecho, y al ver la elección en su persona, veneró las ocultas disposiciones de la Divina Providencia, y admitió el Oficio, sacrificado al bien publico de la Familia. Quando tuvo noticia de la elección el Papa (que ya en este tiempo lo era Nicolao V.) se llenó de jubilo; y no satisfecho con aprobarla, escribió al General de toda la Orden, recomendandole el Vicario de la Observancia nuevamente electo, y significandole tendria à especial obsequio, que en todo lo posible le abrigasse con su parrocinio. Vease el Cap. 15. del Lib. 3. donde se trata este assunto mas de proposito.

Aquí era el lugar oportuno para referir con extension las relevantes calidades del gobierno Regular de San Juan de Capistrano: pero diciendo, que gobernó vna, y otra vez con aprobacion, y gusto de toda la Familia; y en tiempo de sus mayores turbulencias con la oposicion de los Conventuales: me escusaré de decir mucho; pues en solo esto, si bien se considera, se dize mas de lo que parece. Siempre fué dificultoso dár en aquel medio critico, y prodigiosa mistura de rigor, y benignidad, que haze tan bien quisto para los subditos (si estos no son irracionales) al gobierno de el Prelado: fin

fin declinar, ò à lo benigno, que relaxa, ò à lo rigido, que exaspera. San Juan de Capistrano, asistido de la Divina gracia, dio con tal destreza en este dificultoso medio, que en su agrado, se hazia temer; y en su rigor, amar: y quanto le temian en su benignidad los virtuosos, tanto le amaban en su rigor los delinquentes. Enfrenaba el vicio con la aspereza del ceño, y estimulaba à la virtud con el agrado del semblante: no disimuló el delito para el castigo, ni se olvidó del merito para el premio: dió siempre los oídos al consejo, y los tuvo cerrados perpetuamente para la lisonja: no falló jamás del fiel de la razon, ni de la justicia, con el peso de los favores; y caminando derecho con pureza de intencion, sin apartar los ojos del norte de la voluntad Divina, navegó el peligroso golfo de tan dilatado gobierno, hasta arribar al Puerto con felicidad. Porque no parezca exageracion este punto; pondré aqui lo mucho que en pocas palabras dize de las calidades del gobierno de Capistrano el Autor de su leyenda; citado de nuestro Wadingo. Aquellas muchas, y buenas partes (dize) que se requieren para componer vn Prelado cabal, en ninguno se hallaron, con mas perfeccion, y complemento, que en Capistrano. Quando él gobernaba, todos estaban vnidos, con el vinculo de la paz, y concordia: quando él hablaba, todos callaban: quando él mandaba, todos obedecian: quando él desnudaba la espada en defensa de la Religión; oponiendole à sus enemigos, todos le rendian las armas.

Repetidas victorias ocasionó al Santo en este punto el porfiado empeño de los Emulos, que con varios pretextos, y cabillaciones intentaron arrancar de la Religión la nueva planta de la Familia Observante. Se Parte V.

ria molestísimos referir las vezes, que se empeñaron los Conventuales en reunirlos à la Conventualidad, con el pretexto de que no estuviessen dividida la Tunica de N. S. P. S. Francisco. Esto solicitaron con Martino V. Esto con Eugenio IV. Esto con Nicolao V. Y esto con Calixto III. A este le tuvieron ya tan convencido con la persuasiva de sus ponderadas razones, que fundaron no leves esperanças de conseguirlo. Pero siempre se vieron desayrados; porque en haziendoles frente Capistrano, los Pontífices le abrigaban, los Cardenales le favorecian, los Príncipes Seculares le amparaban; respiraban los Observantes, se alentaban los zelosos; y desmayaban los Emulos; dexandole en todas ocasiones con las palmas de la victoria en las manos, y coronadas las sienas de gloriosos triunfos. Algunos de los sucesos, que aquí tocó, passaron despues que el Santo salió de Italia para la Hungria; pero he querido referirlos aora, por dár vnidas en este Capitulo todas aquellas cosas, que conciernen su materia.

CAPITULO XXI.

ADMIRABLES FRUTOS;
y estupendos prodigios de la predicacion de
San Juan de Capistrano en
Italia.

Con gravísimas elegancia dixo San Gregorio el Magno, que el Predicador de la Divina palabra, para hazer fruto con ella, avia de ser como vna sonora; y encendida campana; porque debe sonar; y arder: sonar, con la voz; ardet, con el zelo: y como el metal de la campana encendida, herido al golpe de la lengua, para formar el sonido; despide centellas de fuego, que abraza así el Predicador, encendido en el zelo de la

honra de Dios, y bien de las Almas; al formar las voces de la lengua, con que habla à los oidos, debe despedir de su boca centellas de fuego, que abrañen los coraçones. De esta calidad era la Apostolica predicacion de San Juan de Capistrano, y por esso se logró felizmente con tanta abundancia de frutos, como se iràn descubriendo en los sucesos siguientes.

Arrian en sangrientos odios la Ciudad de Reate, y los Pueblos de la tierra de Cantalicio. Llegò à ser tan barbaro el encono de su vengança, que tenia esta regadas las calles con la vertida sangre de Plebeyos, y Ciudadanos; y huvo ocasion, que en vn reencuentro solo quedaron muertos de vna, y otra parte quatrocientos hombres. Los escandalosos gritos de tanta sangre vertida, llegaron à los oidos, y penetraron el coraçon del Supremo Padre de la Iglesia; y deseoso de ocurrir à tan grave daño con el mas oportuno remedio, embiò à San Juan de Capistrano, para que como Angel de paz la introduxesse en los empedernidos coraçones de aquella miserable gente. Entrò el Santo por medio de sus tierras, predicando contra el detestable vicio del odio, con el zelo ardiente, que acostumbra. Repitiò algunos Sermones con aceptación de los Auditorios, porque le oian como à Oraculo del Cielo; pero sin fruto por entonces: porque el odio renia convertidos en piedra los coraçones, y no podia prender en ellos por falta de humor el grano de la palabra Evangelica. No por esto el Santo desesperò del remedio: aguardò al tiempo; habló à los principales Cabezas de aquellos Vandos; y ya con las suavidades, con que les persuadia la paz en las conferencias privadas, ya con las amenazas, con que les aterraba desde el pulpito; vino à poner las materias en estado de ajuste.

Quando con mas calor se trataba de el, succediò, que dos particulares, sobre no sè qué diferencia, se trabaron de palabras, y vinieron à las manos tan desgraciadamente, que el vno de ellos con vna acha de cortar leña descargò en la cabeza del otro vn golpe tan feròz, que se la dividiò en dos partes, y le dexò en el suelo, no solo sin esperança de vida, pero aun sin señales de ella. Era el herido de vna de las parcialidades, y el agresor de la contraria: con que la fatalidad enconò nuevamente los animos, y bolyeron à encenderse con mas vigor las llamas del odio, anhelando todos à la vengança. Pero la Bondad Divina, que con sabia providencia sabe de los venenos hazer antidotos, para sanar nuestros males: dispuso abrir la puerta para el total remedio de aquellos envejezidos odios por medio de la desgracia referida. Viendo Capistrano, que con ella se avia malogrado todo su trabajo, y la materia se avia puesto poco menos que irremediable; recurriò al Señor en la Oracion, pidiendole con humildes instancias sanasse la mortal herida de aquel hombre. Acabò su oracion, y aviendo concebido en ella vna vivísimase, y firme esperança, de que la dignacion Divina le avia de conceder el buen efecto para su mayor gloria, y bien de tantas Almas: se fuè à donde yazia el herido. Llegòse à el con entrañas de misericordia; incorporòle en el suelo, arrimòle à si, limpiòle la sangre, compuso los cabellos, ajustò las dos partes de la cabeza, y apretandola fuertemente entre sus manos, con voz imperiosa, y esforcada se, le dixo: *En nombre de Jhesu levantate. Caso prodigioso!* No bien el Santo acabò de articular las palabras, quando el paciente diò vn salto, poniendose en pie; y con risueño semblante empezó à dár brincos de go-

zo, alabando à Dios, con pasmo, y affombro de los circunstantes. Quedò del todo sano, pero no sin la cicatriz; que quíssò la Divina Providencia conservar, como sello, è infalible rubrica, que dicsse al mundo testimonio de la verdad de tan estupendo prodigio. La sangre, que se vertiò en este caso, fue verdaderamente rocío del Cielo; porque extinguiò del todo las vorazes llamas del odio, è hizo renacer en los coraçones de aquella gente las flores suavísimas de la paz, y concordia: con que logró el Santo el fruto de esta Misión; con mucha gloria de Dios, júbilo de su Vicario Supremo, villidad de las Almas, y portentosos creditos de su virtud.

No es menos admirable el caso, que se sigue. Trabajò mucho el Siervo de Dios N. S. en estrechar en el vinculo de la concordia à los Ortonenses, y Ausanenenses en el Reyno de Napoles, que varias vezes avian venido à las manos con sangrientos estragos, y escandalo de los comarcanos Pueblos. Los Ortonenses, instigados del espíritu de la discordia, facilmente rompieron la paz, con frivolos pretextos, y mucha pena de Capistrano, que veia perdida, aun tiempo mismo, la gracia de Dios, y los afanes de su zelo, en aquella miserable gente. Tocado de este dolor en lo mas íntimo del Alma, hizo ferviente oracion al Señor, pidiendo, como otro Moyses, que perdonasse el pecado de aquel ingrato, è inconstante pueblo, y le confirmasse en el espíritu principal de la Caridad. Oyò propicio el Señor la afectuosa Oracion de su humilde Siervo; y diòle à entender en ella, ser la inconstancia de los Ortonenses en la paz tantas vezes establecida efecto de la particular suggestion del demonio, que con sus malas artes, y astutas maquinaciones sufocaba, como sembrador de zi-

zaña, la semil a de la paz; que empezaba à brotar en los coraçones de aquellas gente.

Con esta ilustracion de Dios convocò la Ciudad, y teniendo juntos à todos sus Moradores en la Plaza de la Iglesia de Santo Thomas, levantò la voz, y prorumpiò en esta rara exclamacion: *Moradores de Ortona, sabed, que assi como donde ay paz, alli habita Dios; assi donde ay odio, alli mora el demonio. Y para que se an vuestros ojos restigos de la verdad, que predico à vuestros oidos, en nombre de Dios todo poderoso mando à este malvado perro, que se ponga patente à vuestro vista.* Apenas dixo el Santo: estas victimas palabras, quando de enmedio de aquel numeroso concurso salió el demonio visiblemente, en la espantosa figura de vn perro negro de descomunal grandeza, respirando llamas de fuegos por ojos, narizes, y boca. En esta formidable figura, y como agitado de rabioso corage, empezó à correr en gyro al rededor del Auditorio; y mirando à vnas, y otra parte, elababa los ojos en cada vno, temiendo todos por instantes ser miserable destrozado de su infaciable rabia. En el interin, que el perro en esta espantosa figura gyraaba el Auditorio, se reclinò el Santo en el borde del Pulpito, simulando que dormia, y esperando la compuncion, y arrepentimiento de sus oyentes. Estos, poseidos de vn pavoroso pasmo, y atonitos con tan formidable espectáculo à los ojos, recurrieron al Siervo de Dios, pidiendo, que les defendiesse de aquella maldita fiera. El Santo (en imitacion del Salvador, dormido en la Nave mientras los Discipulos zozobraban) no quiso darse por entendido à las primeras voces, para dár lugar à que el temor concebido prorumpiesse en lagrimas de contricion. Assi succediò; porque viendo el Auditorio, que el rabioso perro continuaba sus amenazas, y que

*Prodie finitum
è medio carin
ingens canis
niger, aspectu
horribili. Era
Vvading. ad
ann. 1456 in
98.*

Capistrano no se movia para la defenfa, empezaron a clamar a Dios, diciendo en altos gritos: *Misericordia, misericordia: la paz de Dios sea con nosotros, la paz de Dios sea con nosotros.* Estas palabras repetian sin cesar, y anegandose en avenidas de lagrimas, y follozos, se abrazaban vnos a otros apretadamente, protestando con estas señales exteriores la verdad, y eficacia de su interior arrepentimiento. Quando el Santo los vio a todos ya tan compungidos, compadecido de su afliccion, mandò imperiosamente al demonio, que desapareciesse. Hizo lo el perro maldito, soltando la presa, que tenia hecha en Ortona; y se fuè mas que de passo a rabiar à los infernos. Concluido el Sermon, se retirò Capistrano al Convento, donde fueron tantos los que concurrieron à el, para confesarse generalmente de sus culpas, que por mucho tiempo de dia, y de noche no salia del Confessorio. Al fin estableció la paz entre las referidas Ciudades, con tanta firmeza, que nunca mas bolvieron a desatar el nudo de la vnion, en que los estrechò, y gozaron en quietud tranquila los dulces frutos de la verdadera amidad.

Estos mismos frutos de la paz debieron al calor de su zelo los Reyes de Aragon, y Sicilia, à quienes quiriò de las manos las armas, y estrechò à convento, estando ya afrontados, y para romper los campos de vno, y otro. El mismo beneficio, finalmente, confiesan deber al Santo otras muchas Ciudades, y Pueblos de Italia, que en varios monumentos de Hermitas, y Altares conservan gloriosa su memoria.

CAPITULO XXII.

DE OTROS FRUTOS, Y PRODIGIOS
de la predicacion de San Juan de
Capistrano.

Poco importa, que el animo Christiano pise con vn pie la ferocidad del odio, vicio indomito de la irascible; si doblando la otra rodilla à la sirenalifongera de la concupiscencia, la tributa adoraciones: pues no son menos, sino antes mas; los que pereren sumergidos en el profundo à manos de estos halagos; que los que mueren despedazados entre las garras de aquella ferocidad. Bien enterado de esto Capistrano, jugaba à dos manos la batería de su Apostolica predicacion, enderezando los tiros à las dos capitales pasiones, irascible, y concupiscible: fortalezas donde se abriga la chufma de los vicios, y de donde salen estos reforçados, para hazer guerra ofensiva à las virtudes. La felicidad con que el zelo del Siervo de Dios rindiò la primera fortaleza, introduciendo la paz en los corazones poseidos del afecto à la vengança, bien claramente consta de los casos, referidos en el Capitulo pasado: resta, que escribamos aora, los que acreditan sus triunfos contra los desenfrenados vicios de la concupiscencia.

Predicaba vna Quaresma en la Ciudad de Aquila contra los profanos, y escandalosos trages, que sirven de fomento à la lascivia en la juventud incauta. Vn dia, despues del Sermon, pusieron en su presencia à vna miserable muger poseida del demonio, para que la libertasse de su tirano imperio. Compadecido el Siervo de Dios, la mandò en nombre del Señor con imperiosa se escupir al punto fuera de si el maldito huésped, que ocupaba

paba la posada. Obedeciò la muger, è instantaneamente arrojò por la boca vna asquerosa, y abominable sabandija, al modo de vn grande caracol sin cascara, y semejante à aquellos gusanos, que nuestros Hortelanos suelen llamar Babosas; solo que este era negro, mas corpulento, y de muy horrorosa figura. Conociò el Santo por ilustracion Divina, que en esta abominable sabandija se disfrazaba aquel maldito diablo, que fugeria en la Ciudad la profanidad de los trages; y no quiso quedasse esta diablura sin vna muy buena penitencia. Colgòle de la ventana de su Celda con vn bramante; y así tuvo al diablo à la verguença, hecho ludibrio de los muchachos; que lograron vna Quaresma, como vna Pasqua con el diablo de la sabandija. Prosiguiò su predicacion à vista del diablo colgado, con tanto fruto, que las mugeres en numerosas quadrillas concurrían, arrojando à los pies del Santo los profanos adornos, y afeytes de la vanidad, para que los diese al fuego. Registraba el diablo desde allí todas estas cosas, pendiente à la verdad de vn hilo, temiendo la sentençia definitiva. Esta fuè, que de todos los trages, è instrumentos, de que avia formado lazos, para enredar las Almas, se hiziesse vna hoguera, y en sus llamas fuesse quemado vivo. Concluida la Quaresma, se exortò la sentençia publicamente à vista de innumerable concurso: porque se encendiò la hoguera, y el Santo arrojò à las llamas al demonio en aquel ridiculo animalcjo. Por tres vezes saltò del fuego, dando tan formidables silvos, que parecian alentados de alguna descomunial Serpiente, con que puso en confusion, y espanto a todos los circunstantes. Bolviale el Santo à las llamas, hasta que rendido el demonio al imperio, y virtud de Capistrano, huyò del fuego, y diò en las

brasas; porque desapareciendose con vn pavoroso estallido, se fuè à calentarse à los payfes baxos, dexando por reliquia, como fuya, hediondos, y espesos humos; aunque siempre los tiene de lo que fuè.

En esta misma Ciudad de Aquila bolviò el Santo à repetir, con nuevo affombro de los oyentes, el estupendo portento de traer à sus pies à los demonios, haziendolos visibiles en las horrendas formas de Offos, Tigres, Lobos, Leones, y Serpientes; para que amedrentado el Auditorio con tan espantosa vista, dexasse el partidò del vicio, y se moviesse à lagrimas de verdadera contricion. Así lo consiguió, sacando à innumerables Almas del podrido, y hediondo pantano de la lascivia; cuyas fuerças, reunidas con las de la envejezida costumbre en este pecado, tenían à muchos en el profundo del despecho.

Irritado el demonio de ver la gloria nomina, con que el Siervo de Dios le traia de baxo del pie, y las innumerables Almas, que le quitaba de las manos: procuraba por todos caminos, y con varias trazas, impedir el fruto de sus Sermones. Predicaba el Santo en los abiertos campos, como lo tenia de costumbre, por no bastar los mayores Templos, ni aun las plazas de las Ciudades, al exorbitante concurso de sus Auditorios. Con esta ocasion el demonio inciriò vna vez à las Cigarras, y otra à las Golondrinas, para que con el molesto, y desapacible canto de sus voces confundiesen la del Predicador, y no llegasse la doctrina à los oidos de los Almitentes. En vna, y otra ocasion conociò el Siervo de Dios el diabolico ardido; y en ambas mandò à los animalitos, que pausassen en su canto, mientras el proponia à sus oyentes la Divina palabra. Así lo hizieron puntualmente, y sin despegar sus picos las Golondri-

drinas, ni respirar las Cigarras; estuvieron atendiendo en profundo silencio, como si fueran capaces de razon. Acabado el Sermon, las dió la bendición, y volvieron à continuar su canto: por cuyo medio predicaron, bien à despecho del demonio, la virtud del Predicador; y convirtieron los coraçones à lagrimas de penitencia.

Aun mas desayrada se halló la astucia de la infernal Serpiente en el caso que se sigue. En vna de las Ciudades del Reyno de Napoles, y en campo descubierta estaba predicando el Santo à vn numerosísimo Auditorio. El demonio, siempre vencido, y nunca escarmentado, maquinó impedir el fruto del Sermon, instigando à vn ferocísimo Toro, para que fuese à desbrabar su furia en los oyentes. Agitada la fiera de infernal corage, se apartó de la manada, y enderezando su carrera como vna exalacion al concurso, sacó de él con las retorcidas puntas de su armada testa à vna pobre muger, que estaba en cinta, y muy vezina al parto. No bastaron las diligencias de los hombres de valor à impedir el estrago de la paciente; porque cebado en ella el irritado bruto, la dió muchas heridas mortales, hasta que dexandola sin vida, se huyó con velocísima ligereza. Turbóse desmedidamente el Auditorio con tan fatal desastre, y levantando los alaridos al Cielo en confusa griteria, pedian al Santo remedio para tan lamentable desgracia. Moviose à piedad, y llegando se à la muger, que yazia destrozada, la tomó de la mano, y con alentada fe la mandó en nombre del Señor, que se levantase sana. Caso portentoso! Instantaneamente se puso en pie restituida à la vida, y tan sin lesion de las heridas mortales, que à pocos dias dió à luz con felicidad vna bellísima niña. Esta junto con su ma-

dre confessaba deber la vida à Capistrano, y ambas fueron perpetuas predicadoras de las grandezas de Dios Nuestro Señor maravilloso en su Siervo.

Como estos prodigios eran tan de primera magnitud, tan notorios, y tan frequentes; es mas facil creer, que dezir los frutos del Santo Predicador en las Almas, y las crecidas estimaciones, con que todos unversalmente; Ciudades, Pueblos, Ricos, Pobres; Principes, Reyes, Pontifices, veneraban su santidad. Eugenio IV. y Nicolao V. llegaron à dezir: *Que si sucediera morir Capistrano en su tiempo, al instante le escribiriam en el Catalogo de los Santos.* Qual seria el concepto, y la experiencia, que tendrian de sus virtudes! No la tenian menor los Pueblos, y Ciudades; y así sucedia, que quando salia de vna para otra, le seguian por muchas leguas innumerables personas; y si entre ellas iban algunos enfermos, era muy frequente volver sanos. En Florencia llegó à ser tanta la multitud del sequito, que el Magistrado tomó la providencia, de que nunca anduviese por las calles sin Guardia de Soldados, para que con las alabardas impidiesen no le sufocassen los confusos tropelos, que cargaban sobre él con el piadoso anhelo de tocar sus vestiduras.

Estas crecidas estimaciones las desfrutaba el Santo en limosnas, para fabricar, no torres de viento à la vanidad, sino Conventos à la Religion, y Hospitales à la misericordia. Veinte fueron los Conventos, que levantó à *fundamentis* por la Italia, con las gruesas limosnas, que la piedad le ofrecia; sin entrar en este numero los de Monjas de Santa Clara, y de la Tercera Orden, de que despues hablaré. Los Hospitales fueron dos; vno en Aquila, otro en Verona: ambos opulentísimos, y muy célebres, por lo pin-

Evading.
ad ann.
1456. n.
97.

pingue de sus rentas. Para el de Verona solamente adquirió doze mil doblones. Valgate Dios por Santo, que en todas sus cosas es menester echar por la medida mayor.

CAPITULO XXIII.

RENUNCIA S. JUAN DE CAPISTRANO
los Obispados de Aquila, y de
Theati.

Las Mitras, y las Tyaras suelen colocarse, ó sobre la cabeza, ó debaxo de los pies de los Varones grandes: y yo verdaderamente no sé de qué modo contribuyen mas à su gloria; si colocadas sobre la cabeza, coronando à la virtud, que las merece; ó puestas à los pies, formando trono à la modestia, y humildad, que las renuncia. Lo cierto es, que sobre la cabeza, quanto coronan tanto peñan mas debaxo los pies, quanto levantan, tanto aseguran; porque las contingencias del peligro, elevan, y ensalzan en mayor altura al propio merecimiento. De esta suerte contribuyeron las Mitras à las glorias de San Juan de Capistrano; porque aunque siempre las huyó de humilde, siguiendo exemplos, y doctrinas del Soberano Maestro: ellas por esto mismo se empeñaron en darle alcance; y ya que no consiguieron verse colocadas sobre su cabeza, para coronar su virtud, y sabiduria; se quedaron gustosas à sus plantas, para servir de trono, y de trofeo à su humildad, y modestia.

Viendo el Summo Pontifice Eugenio IV. los muchos, y grandes servicios de Capistrano à la Iglesia; y que sus prendas de virtud, zelo, prudencia, y sabiduria, estaban pidiendo de justicia los supremos honores: quiso desempeñar esta obligacion, eligiendole para el Obispado de Aquila. Insinuóle delante de los Cardena-

les su determinacion: y el Santo con summa reverencia, y humilde magnanimidad, le respondió, diciendo: Santísimo Padre, elimo sobre multitud se digna favorecer mi pequeñez: pero el conocimiento clarísimo, que tengo de mi insuficiencia para dignidad tan alta, me pone en precisión de no admitirla. Yo sé que para llenar dignamente el nombre de Obispo, es menester vn lleno de virtudes: y reconociendo me muy vacío de todas, como no seré temerario, si me atreviese à subir à la dignidad con este conocimiento? Fuera, de qué no ignoraría V. Santidad, que temiendo mi naufragio entre las honras del Reyno de Napoles, me acogí al puerto seguro de la Religion; para vivir en pobreza, y menosprecio del mundo, y bien hallado en la seguridad del puerto, no tengo fuerças para entregarme segunda vez à los peligros del golfo. Por último, Beatísimo Padre, quando mi suficiencia para el Obispado fuera tanta, que no tuviera de qué temerme; formaría escrúpulo grave de faltar à mi particular vocacion, que es predicar el Evangelio à toda criatura, sin estrechar al breve limite de vn Obispado solo, el talento que se me entregó, para bien de muchos Pueblos.

Esta razon hizo notable peso en el juicio del Pontifice, para no violentar al Santo en su vocacion; y lleno de admiracion, volviendose à los Cardenales, prorrumpió en aquel grande elogio, que referi en el Capitulo antecedente: *Si Capistranus decederet temporibus nostris, illico Sanctorum Catholico adseriveremus eum. Si succidera, que Capistrano muriera en nuestro tiempo, al instante le escribiríamos en el Catalogo de los Santos.* Convertido luego al Santo, le significó lo edificado que le dexaba su

fu Christiano defengañó ; y llenadole de bendiciones Apostolicas , le confirmó en su particular vocacion de Predicador de la Divina palabra. Cassi esto mismo bolvió à fuceder al Pontifice, quando picado del mismo escrúpulo de ver los servicios , y prendas del Siervo de Dios sin el condigno premio ; le quiso dar el Obispado de Theati (otros dizen Reathi, y puede ser equivocacion) pero Capistrano siempre fixo , y clavado en el profundo concepto de su nada, hizo su renuncia con la misma constancia , y humildad, que la vez primera.

CAPITULO XXIV.

VENCE EL SANTO GLORIOSAMENTE al demonio en dos gravísimas tentaciones contra la pureza.

Despues de los triunfos de la humildad, me ha parecido escribir otros dos muy illustres de la pureza; porque no pocas vezes éstos son consecuencia de aquellos: como al contrario, las ruinas de la castidad mas de vna vez han sido infelizes efectos de la soberbia. Temia Capistrano, como verdadero humilde: cautelaba peligros, como prudente; y sobre las dos piedras firmísimas de humildad, y cautela, fabricaba inexpugnables baluartes à su castidad. Traia fixamente escrita en su coraçon aquella maxima importantíssima, de que para la exacta guarda de la pureza, no ay diligencia, que sobre; ni temor, que pueda llamarse nimio; y à esta causa, para la inviolable seguridad de su tesoro, doblaba todas las guardas à sus sentidos con la mortificacion. El extremado rigor de sus ayunos, vigi- lias, filicios, y disciplinas sangrientas, las ordenaba à este fin; con que llegó à rendir tan del todo el insolente or-

gullo de la concupiscencia, que quedó en la pacífica posesion de su Alma.

Pero el demonio, que como Leon irritado rodeaba continuamente à Capistrano, buscando las ocasiones mas oportunas para ensangrentar sus garras en él; le acometió con formidable corage en vna ocasion, que tuvo mas franco el permiso de la Providencia Divina. Empezó, pues, con el pestilente soplo de sugeliones abominables à encender, y avivar en los quebrantados huesos del Santo, el fuego de la lascivia, amortiguada ya à los continuos golpes de la penitencia. Viendose Capistrano assaltado de repente, echò mano del mas pronto, y oportuno remedio, que es la Oracion fervorosa, confiada, y humilde. Tomò despues el azote, y con desapiadados golpes de sangre procuró extinguir el impuro fuego, que ardia en sus venas. No cedió por esto la rebeldia de la tentacion, fugida del demonio; antes reuniendo sus fuerzas para vencer la valiente resistencia del Santo, soltó contra él de vna vez todo el repesado torrente de su indignacion. Entonces Capistrano, encendido en vn santo corage contra si mismo, y asistido de vn extraordinario auxilio, y mocion del Espiritu Santo, tomó la resolucion siguiente.

En la hora mas escusada de la noche se fué al secreto lugar del Convento, donde entre los horrores de la immundicia avia enxambres de tabanos, gufaraños, y otros animalejos de esta especie, hambrientos, y molestísimos, y muy como el Santo lo necesitaba, para el fin, que pretendia. Desnudóse el Abito; y dexando descubierta el cuerpo, todo lo que permitió la decencia, se tendió en el suelo entre los alcas de la immundicia, para hazer à los tabanos, y compañeros combidados mesa franca de si mismo. Luego que la hambrienta chafma con

fu

su natural instinto olió el nuevo plato, le acometió como exercito volante. Vnos le mordian con los agudos dientesillos: otros le hincaban los sutiles agujones, para chuparle la sangre; y todos cebados en él, le plagaron el cuerpo de sensibílísimas ronchas. Así se estuvo el Santo, como otro Job en el muladar, con heroyco sufrimiento, sin moverse, todo el tiempo que duró este lento, y horroroso martyrio, à cuya fuerza huvieron por vltimo de ceder los estímulo de la tentacion. El demonio huyó al infierno tan despechado como confundido, viendo, que con la asquerofa lexia de tentacion tan immunda avia quedado en Capistrano mas lustroso, y trasparente el cristal de la pureza.

Dexára, empero, de ser luziferina la soberbia del enemigo mortal, si aviendo salido en el caso referido con las manos en la cabeza, cargando sobre ella su dolor, y su iniquidad, como David desceaba: se diera à partido, y abandonara la empresa. Pero como este soberbio Moab toma las medidas à su poder, por lo desmedido de su indignacion, se alucina en su misma arrogancia; disponiendo por este medio la Providencia Divina, que repita el maldito los combates, para labrar à los justos mas preciosas las coronas. Mal escarmentado del pasado lance, bolvió segunda vez con nuevo corage à combatir la pureza de Capistrano, encendiendo en la mina secreta de la concupiscencia la pólvora de impuras sugeliones. Hizieron estruendo; que sirvió de aviso, pero no de ruina; porque el Señor, que no dormita, ni duerme en la guarda de Israel, estaba de centinela, para avilar à su Siervo del peligro, y doblarle la fuerza para el triunfo. Configúole Capistrano con el Divino auxilio por vn medio tan arduo, y tan difícil à la sensibílidad, y flaqueza de

Parte V.

la naturaleza, que aun imaginado no mas, haze estremecer; y desfmayar al animo mas gigante. Cerróse en su Celda: desnudóse el Abito hasta la cintura: tomó vna hacha de cera ardiendo, y aplicandola con igual valor, y serenidad al desnudo cuerpo, la apagó en las vivas carnes. Tivola así arrimada apretadamente todo aquel tiempo, que fué menester, para que se incorporasse con la cera la sangre de las ampollas, que levantó la llama. Ya que estuvo todo vido, arañó con violencia la hacha, llevandose en ella pegado, y rebuelto el pedazo de la carne, y de la piel. Repitió en diversas partes de su cuerpo este cruento, y sensibílísimo martyrio; con el mismo rigor, y estrago, que la vez primera. Al horror, y dolor de él se rindió estremecida la carne; y cubierto de congoxas mortales el coraçon, empezaron à correr por el rostro trasudores frios, en cuyos cortientes se apagaron, y desaparecieron las impuras llamas de la tentacion. Ambos casos referidos son estupendos; aunque no tan sin exemplar, que no se lean otros semejantes en Historias Eclesiasticas. Vnos, y otros nos intiman bien claramente el subido aprecio, que debèmos hazer de la inestimable joya de la castidad; pues tan arrestadamente la defendieron à fuego, y à sangre los Santos, quando maquinaba tobarse la con sus astucias el infame ladrón, y cruel enemigo de las

Almas: y daban al ob-



F

CA

Vuadine,
ad am.
1456. n.
25.

Vuadine,
ibidem.

CAPITULO XXV.

MILAGROSA PROVIDENCIA CON que Dios N. S. focorrió à San Juan de Capistrano, caminando al Concilio Florentino.

EL Señor, que para premiar la fidelidad de sus Siervos, numera hasta los mas leves cabellos de la cabeza, sin permitir, que se pierda alguno: no dexaba sin premio, aun en esta vida, los gloriosos combates, à que su fiel Siervo Capistrano se restaba por su amor. En prueba, y calificación de esta verdad, me ha parecido referir en este Capitulo los casos siguientes. Caminaba el Siervo de Dios à Florencia en lo mas riguroso del Invierno con otros Compañeros, para dar expediente à vrgentísimos negocios, encomendados del Papa, y que se avian de tratar en el Concilio Florentino; donde asistieron muchos, y doctísimos Minoritas, y entre ellos San Bernardino de Sena, S. Juan de Capistrano, el B. Jacome de la Marca, y el B. Alberto de Sarciano. Quando ya estaban bien distantes de poblado, empezaron las nubes à venirse abaxo en copios de nieve tan crecidos, y espesos, que à poco tiempo cerraron los caminos, de fuerte, que perdieron el que llevaban los Santos Viandantes. Estos viendose por todas partes cercados de nieve, y creyendo perecer à manos de la hambre, y del temporal en parage tan solitario: empezaron à flaquear en la Fè de la Divina Providencia, y à entríbecerse desmedidamente. Entoncez Capistrano alentandolos à la confiança, lleno de ella, les dixo: *No temais, que Dios haze memoria de sus maravillas, dando à los suyos el alimento en el tiempo conveniente.* A pocos passos despues de estas palabras, les salió repentinamente al encuentro vn bellis-

siño Mancebo, que con quatro pañes mas blancos, que la nieve, que tenían à los ojos, y algunos pezes de extraordinario regalo, les puso la mesa en el desierto, como à verdaderos Israelitas. Despues les dió señas del camino para el mas cercano Pueblo, y desapareció de sus ojos, sin ver estos, ni à donde se fuè, ni de donde vino. Mas las circunstancias, y el sabor de la comida, no les dexò dudar ser Pan del Cielo, y de los Angeles, aquel que avian gustado, en cuya fortaleza se recobraron del susto, y caminaron hasta la poblacion vezina.

Casto mismo le sucedió en otra ocasion, que en tiempo de muchas nieves caminaba con su Compañero desde Milán à Napoles. Llegaron à vna Venta muy estropeados del camino, calados los Abitos de la mucha nieve; cansados, y con mucha necesidad de comer. Significòsela el Siervo de Dios al Ventero, rogando humildemente la focorrièsse. El hombre, que no necesitaba de mucha adivinacion para persuadirse, à que Sacos tan rotos, y pobres, como los de sus Huespedes, no se allanò à dar la menestra sin la paga al ojo. *En hora buena sea,* dixo el Santo, *danos lo que necesitamos, y yo te empeño mi palabra, que no passon muchas horas, sin que te halles pagado, y contento.* Así fuè; porque inmediatamente entrò por la puerta de la Venta vn Correo de Milán con cartas para Capistrano, y dineros para su necesidad. Quedò admirado el Ventero, viendo la puntualidad con que la Providencia Divina focorrió à su Siervo, y el espíritu con que este lo profetizó. Mas no por esto dexò de tomar el dinero; acaso era su codicia devora, y quiso guardar las monedas del prodigio para reliquia.

)(?)(

CA-

CAPITULO XXVI.

CONTINVA S. JUAN DE CAPISTRANO su predicacion en Italia con varios portentos, y admirables frutos.

SI los Predicadores son Cielos, como estos, en frasse de David son Predicadores: cierto es, que estos, y aquellos mutuamente simbolizaban en sus propiedades. Entre vnos, y otros, hallò la dulçura de San Bernardo diez Analogias, expressadas en el lugar, que cito à la margen: mas entre tantas dexò vna por expresar à caso; por ser tan rara, que solo por milagro parece puede hallarse en vno, y otro Predicador. Esta es aquella infatigable, y nunca pausada tarea, con que los Cielos, sin cesar vn punto en sus perpetuas, y armonicas revoluciones, predicaban de su Criador las glorias, y maravillas. En esta propiedad, y excelencia fuè San Juan de Capistrano tan puntual imitador de los Cielos; que desde que empezó à alumbrar al mundo con las luzes de su doctrina, predicò sin hazer pausa quarenta continuos años, hasta su dichosa muerte. Los frutos que en las Almas hizo por todo este tiempo, y los prodigios, con que Dios N. S. calificò su doctrina, no es facil reducir à numero: pero de vno, y otro diremos algo en este Capitulo, dexando otras muchas cosas para los siguientes.

La Ciudad de Anglona, y toda su Comarca, en el Reyno de Napoles, sintió sobre si la pesada mano de Dios en vna horrorosa plaga de ratones, muy semejante à aquella, de que se haze mencion en el Capitulo Quinto del Libro Primero de los Reyes. Hervian los campos, y los poblados en estas asquerosas bestezuelas, sin aver fuerças humanas para extinguirlas. El

Parte V.

horror, y el alçò, que causaban, hirviendo, y bullendo en todas partes; affligia à los corazones tanto, como el daño que hazian en las haciendas. Este fuè imponderable; porque destruian en las casas los granos, y las ropas; y en los campos, los arboles, y plantas.

Viendose en esta confusa affliction aquellos miserables, recurrieron como à seguro asylo à Capistrano, para que conjurasse la plaga, y alcanzasse del Señor el remedio. Condescendiò el Siervo de Dios à peticion tan justificada; y valiendose de la ocasion, con que por medio de la tribulacion, estaban tan bien dispuestos; para el fruto de la Divina palabra: les predicò exortandolos à la contricion, y penitencia. Persuadiòles; ser azotè la plaga de la Justicia de Dios; cuyo furor tenían sobre si por lo enorme de sus repetidas culpas. Que para inclinar la Divina Clemencia al perdon, hiziesen rogativas publicas; y despues en dia señalado confesassen; y comunicassen, los que fuesen capaces de los Santos Sacramentos. Así lo executaron la Ciudad; y los Pueblos de la Comarca, con mucha devocion, y compacion de sus corazones. Hechas estas diligencias tan piadosas, como necessarias en semejantes tribulaciones; vna tarde à la hora de Vísperas subió el Santo al Pulpito, y con alta; è imperiosa voz echò su maldicion à todos los nocivos, y horrorosos animales. A la mañana siguiente (cosa rara!) amanecieron todos muertos; siendo tan innumerables, que cubrian los campos, y las calles; y fuè necesario por su multitud hazer muchas fosas muy capaces; para soterrarlos; pre-cabriendo no inflacionasen el ayre con su corrupcion.

En los confines de Lombardia predicaba el Santo en el campo à vn Auditorio numerosisimo. De repente

F 2

co-

començò à encaportarse el Cielo, y à oblcurecerse el ayre con gruesas, y pavorosas nubes, que à repetidos truenos, y relampagos amenazaban vna horrorosa tempestat. Turbaronse con el temor los oyentes, à quien el Siervo de Dios exhorro, que tuviesen fe, y no se moviesen del puesto; porque esperaba en el Señor, mandaria à las nubes, que no los ofendiesen. Así sucedió; porque empezando à desbrabar la tempestat su furia en diluvios de agua por toda aquella Campaña, solo en el circuito, y espacio del Auditorio, no cayó vna gota. A vista de tan grán prodigio, delataron los oyentes los coraçones en lagrimas de contricion, y ternura; y substituyèdo el riego de los ojos al de las nubes, cogió el Santo abundantes frutos de este Sermon, en la conversion de innumerables obstinados pecadores. Siguiéronle muchos hasta Lombardia, donde para perpetua memoria de este prodigio le arrebataron de los ombros con piadosa rapiña el manto; con cuyo contacto sanaron despues muchos enfermos de varias enfermedades; y le guardaron con estimacion de preciosa reliquia.

En la Ciudad de Aquila; feliz reatro de los mayores prodigios de Capistrano (à caso por ser glorioso deposito de su Santo Maestro Bernardino) avia vn hombre, que no lo parecia; porque turbada la cabeza con vna grande locura, tenia impedido el vfo de la razon. No podia solicitar su alivio, porque ni podia conocerse enfermo; mas el Santo, que era todo Argos, para ver las dolencias ajenas, puso en èl, para remediarle, los ojos de su misericordia. Quitòse el birrete, ò solidò, de que vsaba (segun el estillo comun de Italia) y poniendosele al loco sobre la cabeza, le pegò con el contacto el juicio. Milagro es este de buen gusto, en que pudieran espaciarse

se vn poco las sales de la devocion; y yo detuviera en èl de buena gana la pluma, si como mi assumpto es Histórico, fuera academico.

En la misma Ciudad de Aquila hizo el Santo otro estupendo prodigio con vn Ciudadano, llamado Zoto. Hallabase el desdichado possido de vn demonio, tan rebelde, que se avia resistido à la fuerça de muchos conjuros; y tan cruel, que por varios modos instigaba al paciente, para que desesperado se quitasse la vida. Descuidaronse en vna ocasion los asisistentes, que le tenian en custodia, y viendose con salvo conducto, para lograr los intentos, se precipitò, arrojandose de vna ventana muy alta. Diò con el peso del cuerpo sobre vnas vivas penas: con que se quebrantò tan lastimosamente, que en opinion de algunos perdiò la vida. Otros dicen, no aver del todo muertos; pero todos conspiran, en que naturalmente era imposible vivir, y que llegó à punto de agonizar. Conmoviòse la Ciudad con tan fatal desastre; del qual noticiado Capistrano, se fue, acompañado de mucho concurso, à la casa del paciente, q yazia, ò muerto, ò moribundo en el lecho. Llegòse à èl movido de vn grande impulso de compasion, y en voz alta, è imperiosa le dixo: *Hermano, levántate*. Cosa rara! Incorporòse por sí mismo repentinamente, y dexando el lecho, salió aquel dia à pasearse por la Ciudad, para que todos diessen gracias à Dios de tan estupenda maravilla; aviendo quedado, no solo perfectamente sano de la caída, sino libre tambien de la opresion del demonio.

De la misma manera libertò de la tyrania de este maldito à vna miserable muger Veneciana; que crugiendo los dientes, arrancandose los cabellos, echando maldiciones al Santo, diziendo blasfemias, y haziendo otras mil braburas: forcejaba para escaparle de las

las manos de los que la traian; con animo de ponerla en la presencia de Capistrano. Sujetòla el Siervo de Dios con imperio, mandando al demonio dexar al punto la injusta possession de aquella criatura. Obedeció el maldito bien à pelar de su corage; è irritado al soltar la presa; la derribò en el suelo con tan furioso golpe, que juzgaron los asisistentes la huviesse muerto. Mas el Santo los sacò presto del susto; porque tomandola de la mano, la levantò sana, y buena; como si despertara de vn sueño muy apacible.

En vna Poblacion del Monte Tusculo (que dà nombre à la Tuscia, ò Toscana) lloraban sus Padres à vna hija de tierna edad, que yazia difunta en el feretro. Passaba Capistrano à la fazon por aquel parage; y movido à misericordia, se llegó à la niña, à quien levantò del feretro mismo, y restituida à la vida, y à la salud, se la entregò à sus Padres.

Cobela, Condesa de Celano (hija espiritual muy amada del Santo; por su gran virtud; y por la piedad, y devocion de esta Señora à los Frayles Menores) se hallaba en vna gravissima enfermedad; sin esperanças de vida, defauciada de los Medieos, y ya en los fauces de la muerte. Tuvo Capistrano noticia de su peligro, y movido, tanto de la misericordia, como de la gratitud à los favores de esta piadosa Señora; la visitò con entrañas, y demostraciones de Padre. Alentòla mucho à la confianza en la Divina Misericordia; y despues de vna larga, y devota conferencia; al tiempo de despedirse, la diò con la bendicion la salud; con la salud, el consuelo; y con todo junto, el premio, y agradecimiento à su devocion, y beneficios.

* * *

Parte V.

CAPITULO XXVII.

PROSIGVEN LOS MILAGROS, CON que el Santo confirmaba su doctrina: Disputa publicamente con vn doctissimo Rabino, y le convierte con otros quatro Judios.

FUe muy cèlebre tambien por estos tiempos en Italia el prodigio, que hizo el Santo; dando repentina salud à vn Paralytico, semejante al que en la puerta del Templo sanò el Principe de los Apóstoles; y sucedió el caso en esta forma. En vno de los Pueblos donde el Siervo de Dios predicaba, avia vn hombre, tan del todo impedido al vfo de sus miembros, que no podia moverse; y por esto le llevaban à la iglesia en vn carretoncillo. Encontròle vn dia entre otros Capistrano à la puerta del Templo, y con el deseo de alentarle à la resignacion, le dixo en presencia de mucha gente: *Hermano; si el Señor, por su santa voluntad quisiese tener atados los miembros de tu cuerpo por todo el discurso de tu vida; te resignarias contento en su santa disposicion? Si, Padre, si, Padre* (respondió el paciente) *porque deseo que se cumpla en mi la voluntad de Dios. Y si avra su Magestad* (replicò el Santo) *te diera salud, la recibirias? Si, Padre* (respondió el Paralytico) *la recibiera, por frequentar el Templo mas fácilmente*. Entonces el Siervo de Dios; edificado de la respuesta; y arrebatado del espíritu de su caridad, dixo al Paralytico: *Hijo, confia, que has de quedar con salud; y atiendote de la mano, le puso en pie, confortados todos los miembros*. Despues entrò el Paralytico en el Templo con el Santo, para dar gracias al Señor, y alabarle por sus misericordias. Concluida la Oracion, se fue à su casa saltando de alegría, y dexando à los circunstantes

F 3

igual-